

DE ALONSO QUESADA A
RAFAEL ROMERO, O EL ARTE
DEL COLOQUIO LITERARIO



Yolanda Arencibia



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2003

© Academia Canaria de la Lengua
© Yolanda Arencibia

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.991-2003

ISBN: 84-96059-23-5

CUESTIÓN PREVIA

Antes de comenzar este breve discurso, tengo que agradecer, sincera y profundamente, la deferencia que significa haber sido llamada a ocupar este espacio. Una deferencia a la que respondo declarando que ha sido para mí incuestionable la aceptación, responsable, de esa invitación, incorporándome como miembro activo a esta joven Academia Canaria de la Lengua. E incuestionable por varias razones. En primer lugar porque es un honor, seguramente inmerecido, que de ningún modo puedo declinar viniendo de quien viene. En segundo lugar, porque nunca me he sentido espiritualmente ajena a esta Institución académica desde que

viví y sufrí, muy de cerca, el momento de sus primeros vagidos, en aquella su etapa previa cuando la idea intentaba cristalizar en una forma de propuesta de “Asociación para...”. En tercer lugar, porque me siento moralmente obligada a asumir la responsabilidad que tal invitación conlleva: lo experimento internamente como un reto profesional que no puedo, ni debo, ni quiero eludir. Esta responsabilidad, la connivencia antigua con el proyecto y el respeto a la Institución y a las personas que la representan, se traduce ahora en una palabra que significa una actitud por mi parte: compromiso. Un compromiso que asumo desde este momento; responsablemente, repito; y sintiéndome además profundamente honrada. Espero—confío— que mi labor futura en el marco de la Academia pueda resultar de alguna utilidad para nuestra sociedad, como respuesta lógica y obligada a la confianza que en mí se ha depositado. Prometo desde este momento poner en ello el empeño que la tarea precise, con toda ilusión, además de con la mayor dedicación y esfuerzo.

DE LOS TEXTOS ACADÉMICOS Y SUS FINES

En la razón de existir de la Academia Canaria de la Lengua que hoy nos convoca ha de figurar como fin básico la defensa, el cuidado y la atención hacia esa variedad de la lengua española que es el español de Canarias: un habla perfilada por rasgos que traducen la expresión de nuestro sentir y nuestra visión del mundo y que, también, señalan nuestra identidad y marcan nuestra idiosincrasia como transmisores de la herencia social, cultural y psicológica de nuestro pasado histórico. Un habla cuya existencia ha de ser nuestro orgullo y cuya preservación ha de constituir el primero de nuestros anhelos.

Pero aquel cuidado, esa atención y este orgullo han de hallar asiento en una actitud intelectual seria y rigurosa, y en la solidez de un conocimiento avalado por la indagación, la observación y la reflexión. Desde esas premisas será posible consolidar nuestros criterios y, por tanto, situarnos en condiciones de discernir con claridad ante momentos de confu-

sión, de los que no carece el español canario de hoy.

En línea con esa preservación y cuidado del español de Canarias que señalamos se definen los objetivos de la Academia Canaria de la Lengua en dos de los apartados del capítulo segundo de sus Estatutos, aquellos que proclaman “el fomento y el estímulo del estudio científico de las modalidades lingüísticas y literarias canarias”. De ese estudio científico han de derivarse propuestas fundamentadas que ahondarán en la realidad de las especificidades del habla canaria, en lo diferenciado de su léxico o en aspectos de su morfología o de su sintaxis (siguiendo la línea ya emprendida en los departamentos universitarios); y también han de ahondar en cuestiones, contextuales pero determinantes, de índole social y cultural. Habrán de ser unos textos representativos del cruce de caminos entre las variedades canarias y el ámbito cultural hispánico del que surgen, y unos textos paradigmáticos del entreveramiento forzoso entre lo lingüístico y lo literario en el marco social que los define. En todo caso, de-

berán ser textos inaugurales y sólidos que, a la postre, consigan explicar y explicarnos, definir y definirnos.

Muestras de estos textos han empezado a conformar el corpus escrito de esta Academia; como es el caso del casi manifiesto en formato libro que publicó Marcial Morera bajo el título de *En defensa del habla canaria*¹. Otras contribuciones de estudiosos y de intelectuales que le han seguido —algunas de las cuales hemos podido escuchar en actos como el de hoy— aguardan ahora la difusión del medio escrito. En su conjunto e individualmente, el resultado de estas reflexiones habrá de constituirse en gestos: gestos de respeto al marco hispánico amplio que define nuestra canariedad, al tiempo que gestos de independencia y de libertad desde nuestra singularidad y nuestro isleñismo. En esa línea, parecen oportunas unas palabras que dejó escritas Emilio Nández a propósito de indagaciones

¹ M. Morera, *En defensa del habla canaria*, Asociación para la Academia canaria de la Lengua, 1997.

en sociología del lenguaje y que permiten su aplicación a nuestra habla canaria²:

Entre aquella notas que hacen del Hombre un ser singular (...) existen [unas] de carácter cultural que no [dejan de ser] significativas y operantes. Entre éstas ocupa un lugar preeminente el aprecio que cada individuo hace de su propia lengua y el “orgullo” que ostenta al hacer de ella un uso correcto, entendiendo por tal, en un sentido amplio, el empleo adecuado, en todo conforme a la herencia que recibió de sus mayores. La pureza con que un individuo hace uso de su lengua se convierte así —sigue diciendo Náñez— en indicio de su propia identidad como componente de su grupo, como expresión de la casta.

Nada más legítimo y conveniente, podemos ahora añadir.

² E. Náñez, *Estudios de sociología del lenguaje. La risa y otros casticismos*, Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1979, pp. 11-12.

Hace tiempo que reflexiono sobre tareas necesarias y tareas pendientes respecto al español de Canarias, buscando en el abanico de caminos posibles un resquicio útil de posible colaboración personal.

Tengo claro que es tarea primordial describir con propiedad qué sea nuestro lenguaje (ese “código de señales que lleva los pensamientos y emociones de la mente del hablante a la del oyente, en sus particularidades y en sus íntimos matices”, en definición de Dámaso Alonso³), para, después de analizarlo, conseguir definirlo en su singularidad. Será preciso para ello atrapar el lenguaje actual en su realidad viva y bullente, (“en su ebullición”, diría Emilio Lorenzo⁴). Y esto así ha de ser; aún partiendo del principio incuestionable del fluir constante que es la realidad de una lengua. Como dejó dicho Dámaso Alonso,

³ Dámaso Alonso – Prólogo a *El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid, Gredos, 1966, p. 9.

⁴ Emilio Lorenzo, *El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid, Gredos, 1966.

el estado actual de una lengua (...) [sólo] es una abstracción que ha de tener correspondencia en los hechos reales de habla, una alteración constante de valores, por innovación y por desuso. [Porque] la lengua es como una cinta que se fuera destrabando por uno de los extremos (los puntos donde va quedando obsoleta) y urdiéndose por otro (por donde se innova), [Es la lengua] presente absoluto, como nuestras vidas, y tan inestable, tan inconstante como ella (1966, 10).

Más clara aún tengo la convicción de que esa tarea de indagación en nuestro lenguaje, nada simple ni fácil, precisa estar atada, apuntalada, en un cronotopo determinado, en una sincronía; y que ha de ser abordada desde un amplio campo de perspectivas, que significan distintos puntos de análisis. Los puntos de análisis son necesarios por la multiplicidad de elementos que confluyen en la realidad del lenguaje; y aquélla, la sincronía, porque “sólo podemos imaginar la interpretación estática imaginándonos la lengua como algo estancado y muerto” (E. Lorenzo,

II) para cuyo análisis es medio eficaz la observación de ellos en la letra impresa, especialmente en los retazos de habla que reproducen la novela realista y el teatro⁵.

Algo he trabajado en ese sentido. Las conclusiones que de ello pueda extraer constituirán un modo de respuesta, modesta, al compromiso de depositar mi primera semilla profesional en el quehacer de esta Academia Canaria de la Lengua. De ello me propongo adelantar ahora un breve esbozo.

⁵ Hablamos de lengua hablada y lengua escrita; y ocurre que los fenómenos de habla de un lugar no siempre se reflejan en la lengua escrita. En ese sentido interesa una declaración de Mario Vargas Llosa que recoge A. Lorenzo en *Sobre el español hablado en Canarias*, (Ediciones J.A.D.L., La Orotava (Tenerife), 1988, p. 25) y que dice así: "Me importa fundamentalmente la autenticidad del idioma (...) Y esa autenticidad está dada, por una parte, por el respeto a la tradición. Y por otra parte por la que significa el contacto entre la lengua escrita con la lengua hablada. Cuando se produce una ruptura, una escisión, una divergencia entre ambas cosas, la lengua escrita comienza a morirse."

LENGUAJE COLOQUIAL Y LITERATURA

Trasponiendo a nuestra realidad isleña lo más arriba apuntado, asentaremos que uno de los caminos más eficaces para llegar a conclusiones válidas respecto a distintos aspectos de nuestra habla canaria es la observación de textos característicos de nuestros creadores literarios, inevitablemente atados a un momento y a un destinatario concretos.

Dedico el presente trabajo a aspectos del lenguaje coloquial como objeto de análisis, y al autor Rafael Romero Quesada, *Alonso Quesada*, como sujeto y modelo. Los textos escogidos se mueven en el campo genérico de lo dramático y pertenecen a algunas de sus *Crónicas literarias*.

¿Por qué la expresión coloquial y por qué a partir de textos dramáticos de Alonso Quesada? ¿Cómo pueden ser captados en textos escritos la viveza y la inmediatez del coloquio, que es un registro de habla? ¿Pueden ser válidas hoy conclusiones que se extraen de unos textos escritos hace más de ochenta años?

La respuesta ordenada de estos interrogantes marcará el orden y el desarrollo de mi intervención.

El lenguaje coloquial es aquel que brota natural y espontáneamente en la conversación diaria, a diferencia de las manifestaciones lingüísticas más cerebrales de los oradores, e incluso a diferencia de las artísticamente moldeadas y engalanadas de escritores, periodistas, poetas etc.

El coloquio, el habla coloquial, constituye sin duda el registro más rico y más expresivo que las lenguas poseen: más rico porque se apoya dinámicamente en elementos tan atractivos como la entonación, el gesto y la mímica, que definen lo característico de una personalidad; y más expresivo porque la inmediatez de su realización en el habla consigue transparentar, como ningún otro registro, la vida interior de los individuos, su autenticidad. Por otro lado, la lengua espontánea del coloquio, sin dejar de ser individual, participa en gran medida de características aplicables a la comunidad en que surge, de cuya esencia puede aportar importantes claves. De

ahí su particular interés: el lenguaje del coloquio aflora a las situaciones desde la esencia de un individuo, pero mucho tiene de colectivo porque ha sido amasado con esencias heredadas y compartidas. Consciente de ello o, al menos, consciente de la importancia del coloquio como marca social, de su especial atractivo y de su interés y eficacia en el diálogo cercano y cómplice, Romero-Quesada logró dejar esculpidas para la posteridad rasgos determinados de la sociedad de su tiempo mediante instantáneas literarias certeras y concluyentes. Con ellas se erige como maestro del coloquio en muchos de sus escritos. Contaba con cualidades y con condiciones excepcionales para ello.

No voy a entrar en explicaciones biográficas o literarias del autor, de *Alonso Quesada*, que son bien conocidas. Pero me interesa apuntar algunas notas sobre su personalidad y el contexto que la configuró, pertinentes —creo— para entender mejor su mundo y su genio.

En primer lugar quiero anotar la sintonía intelectual con su tiempo histórico (nació en 1886, murió en el 1925): un tiempo histórico que vio

transcurrir aquellas candentes primeras décadas del siglo XX en que fraguaron transformaciones políticas, sociales y culturales procedentes del siglo anterior (las consecuencias del llamado “Desastre de 1908” con hechos cruciales como la Semana trágica de Barcelona de 1909, la Guerra del 14 cuyo final coincide con el triunfo de la revolución socialista en Rusia, y la huelga general revolucionaria de 1917), que, inevitablemente, va a generar un nuevo intelectual cuestionador, disconforme, con frecuencia revolucionario y siempre crítico, que analizará con rigor la nueva situación y que llegará a erigirse como conciencia atormentada de la sociedad y de la clase social a la que pertenece. Ese intelectual desempeñará el papel de conciencia y de altavoz desde la sinceridad resultante de una introspección severa que se traduce en profundo desencanto. El desencanto, el dolor íntimo, no suele aflorar a los textos en forma de grito violento, sino que se esconderá en ellos tras la burla sarcástica, la ironía resignada o la autosuficiencia elitista.

A la generación de intelectuales que participa de estas características perteneció Rafael Rome-

ro, *Alonso Quesada*, sin que la extremada periferia insular fuera óbice para ello, porque muy semejantes eran los aires que se respiraban en esa periferia canaria.

UN TIEMPO Y UN PERFIL

Las islas, tradicionalmente abiertas y liberales, vivieron a principio de siglo una etapa de relativa prosperidad merced a su condición de encrucijada de caminos. Ven llegar a través de los puertos los aires internacionales de las consignatarias inglesas, de las compañías alemanas, y el alboroto variopinto de los primeros turistas. Pero también sufren las islas, a través de esos mismos puertos, las vicisitudes de las confrontaciones europeas o los temblores de la cercana guerra de Marruecos.

En Gran Canaria, el Puerto de La Luz se constituye, más que nunca, en eje de la vida isleña y motor de una nueva sociedad eminentemente urbana y mercantil en cuyo seno destaca—distinta y distanciadora— una nutrida colonia británica que va a ser factor determinante de la

nueva configuración de la ciudad y que llegará a influir en los modos y en las mentalidades de sus habitantes. En lo social, se siguen las coordenadas nacionales, con los necesarios “factores de corrección” que conlleva la realidad insular: la canaria y la grancanaria, enfrascada en las vicisitudes de lo que hoy conocemos por “pleito insular”. En lo cultural, destacaba una selecta minoría intelectual, preocupada por la actualidad de la literatura y del pensamiento en España y en Europa. Las tertulias marcarán el espacio del encuentro y de la discusión: las tertulias cultas, como la de don Luis Millares Cubas, centro de reunión en donde se comentaba la actualidad política y literaria, se acogía a los intelectuales que llegaban a la isla, se interpretaba música, se cantaba, se recitaba, se representaban obras de teatro; y las tertulias, más desenfadadas pero igualmente atractivas, de las redacciones de los periódicos, de las barberías o de las zapaterías, en donde se comentaban novedades y complicidades de la sociedad pequeña y novelera.

Los rasgos anteriormente apuntados van a configurar al intelectual isleño que se mueve en

esa sociedad. Entre ellos a Rafael Romero, verdadero hombre de su tiempo, especialmente marcado por las particularidades insulares y las circunstancias personales. Los perfiles que de él tenemos lo dibujan como eterno disidente dentro de esa nueva sociedad canaria, muy cercano por su trabajo a la colonia inglesa a la que a la vez admira y censura, comprometido personalmente en la realidad social de su tiempo y, sobre todo, como personalidad sensible, inclinada vocacionalmente a la literatura cuya forzada condición de insular “enjaulado” es constante vital y literaria; una condición, sin embargo, la insular, de la que no fue capaz de salir cuando se le presentó ocasión para ello. Fue hombre de vasta cultura, adquirida por continuas y seleccionadas lecturas desde época muy temprana. Fue cosmopolita por sus saberes literarios y abierto en sus relaciones con los intelectuales nacionales de la época, directamente o epistolarmente. Relacionado estrechamente estuvo, como es natural, con los coetáneos intelectuales canarios: con don Luis Millares desde el respeto y la admiración; con Tomás Morales, Saulo Torón, Luis

Doreste Silva, Juanito Rodríguez, etc., desde la amistad y la complicidad intelectual; y con “los madrileños” cuando regresaban a la isla (Agustín Millares Carlo, Claudio de la Torre, etc.), desde la admiración y la sana envidia. Los rasgos determinantes de su carácter y los hitos de su biografía configuran a Rafael Romero Quesada como representativo de la sociedad que lo engendró y que nadie como él supo dejar retratada en textos definitivos, a menudo empapados en acidez y en amargura como nacidos de su personalidad hipercrítica.

EL PERIODISTA

Si “hombre de su tiempo” fue *Alonso Quesada* por lo anteriormente apuntado, también lo fue por la adopción del periodismo como medio de expresión personal. De sobras conocido es el predominio del periódico y la revista sobre el libro como vehículo de difusión cultural en la España de la época; y también lo que el medio significó para muchos escritores como modo de supervivencia anímica, pero sobre todo como re-

curso económico. Así fue en el caso de Romero Quesada para quien la adopción literaria del periodismo llegó a ser, conjuntamente, desahogo de su vitalismo intelectual, un modo de compensar el ambiente aséptico, formal y serio del trabajo rutinario en la oficina con el cálido, polémico y a menudo divertido de las redacciones; y también la oportunidad de algún respiro económico.

Como medio de expresión periodística adoptó Rafael Romero la *crónica*, una verdadera novedad genérica de la época cuya mezcla de vivencia y reflexión, de apunte y de puntualización, la convierte en insustituible para los propósitos de la nueva prensa. Cinco periódicos de Las Palmas de Gran Canaria (*La Ciudad*, *Ecos*, *El Ciudadano*, *Renovación* y *El Liberal*) recogieron casi 400 crónicas atribuidas a Romero, que permiten ser clasificadas en cinco series, todas ellas interesantes, aunque variadas y heterogéneas.

Generalizando mucho, podríamos decir que son las *Crónicas* canarias de Rafael Romero, ensayitos pensados para la prensa y la sociedad insulares, que se inspiran en circunstancias de

la actualidad, y a las que convienen los apelativos de literarias, costumbristas e impresionistas: son literarias porque con esa intención nacen y esa preocupación les da forma; son costumbristas porque dibujan la realidad en sus detalles; y son impresionistas, porque el reflejo de la actualidad que apuntan nace de una perspectiva absolutamente personal. Y siguiendo con las generalizaciones, diríamos que las *Crónicas* se estructuran en dos planos: en el superficial se registra una anécdota extraída de la realidad cercana, que se dibuja perfectamente, se esboza levemente, o es mera piedra de toque conceptual; en el profundo, la *Crónica* alonsiana presenta un aspecto de la condición humana general trascendida desde la condición humana insular.

Antes de introducirnos en la realidad de los textos, conviene recordar ahora algo más que sabido: que el periodismo no fue la primera actividad literaria del autor, que repetidamente se manifestó contra el medio (especialmente el insular) y que sólo le dedicó el tiempo que sus obligaciones laborales le dejaban.

Así es, en efecto. Pero es el periodista canario Romero Quesada el escritor que ahora nos interesa. Porque los textos nacidos para la inmediatez del periódico, la complicidad de los amigos y el círculo cercano de su ciudad pequeña y constreñidora fueron los que sirvieron a Quesada para transcribir de modo directo el compromiso con su tierra (compromiso, que no complacencia). Y en esa transcripción, el autor “dejó escapar” e hizo constar la realidad de su lenguaje periférico, mientras escarba en la mentalidad de sus conciudadanos remedando gestos característicos y modos de habla.

Baroja, en páginas de “Juventud, egolatría”, define a su lenguaje periférico procedente del norte de España como “retórica menor”. No es éste el caso de Rafael Romero; porque no es la suya una retórica menor inconsciente y asumida desde su personalidad de escritor, sino que su uso es totalmente consciente, aunque “inevitable”. Y tan claro lo tiene que separará con distintos nombres las facetas diversas de su creación literaria. Porque Rafael Romero quiso identificar en su heterónimo *Alonso Quesada* sólo

al autor grande y eterno: al poeta que aspiraba a un merecido reconocimiento nacional, al narrador que fabulaba en mundos ajenos, y al dramaturgo que busca nombre y prestigio, aunque su inspiración se mueva siempre en espacios insulares. Para el autor, la retórica espontánea y cercana del periodismo insular no es digna de un *Alonso Quesada*. Para ella, para estos “escritos menores”, reserva el propio nombre o acude a seudónimos diversos. Así, firman sus crónicas canarias invenciones de raigambre cervantina o galdosiana como *Gil Arribato*, *Felipe Centeno*, *Máximo Manso*, *Cardenio*, *Galindo*, *Arimán*, *Hilario Montes* o *Tomás Orozco*. *Alonso Quesada* se digna aparecer en sólo una ocasión, y Rafael Romero en cuatro. Pero es la adopción del uso múltiple de sus seudónimos un procedimiento del mayor interés, en cuyo alcance no podemos entrar ahora. Quede sólo anotado que con él consigue Rafael Romero —tal vez inconscientemente— varios fines: a) seguir una tendencia literaria de la época (en periodismo y fuera de él); b) jugar literariamente con el ocultamiento y la transformación; c) auto-desrealizarse, situándose desde

una perspectiva distante, no sólo para mantenerse al margen de la realidad que analiza sino para defender una actitud de superioridad casi “dandysta”; d) ocultarse para pseudo- filosofar desde la alteridad de todo ser humano; y e) escapar de la propia personalidad —frustradora en sus circunstancias— identificándose en otras varias, todas ellas criaturas de resonancia literaria cuya significación se adecua a distintas facetas del propio autor. Por si quedara alguna duda de que el objetivo básico de la existencia de los seudónimos es mantener a *Alonso Quesada* lejos del mundo de los escritos destinados a la cercanía insular, lo clarificaría el hecho de que las crónicas periodísticas aparecidos en *La Publicidad* de Barcelona sí registran la firma de *Alonso Quesada*.

Apuntemos ahora, analizando, rasgos de habla que se registran en la realidad coloquial de distintos textos. Nos interesará el léxico y también los modismos, o frases hechas. Pero nos interesará especialmente la modulación de la frase, su cadencia, su música; para ello sólo hay una opción en la lengua escrita, y es el juego hábil

de los elementos suprasegmentales: comas, puntos y coma, signos de admiración o interrogación, énfasis marcados por cursivas, etc.

EL COLOQUIO ALONSIANO

Aunque el marco genérico de la *Crónicas* de Romero es siempre el relato, la actitud narrativa se ve matizada genéricamente en función de los temas y su enfoque⁶. Nos interesan ahora aquellos textos en los que el pretexto conceptual surge directamente desde el coloquio; son textos particularmente dramáticos en los que el perfil de la realidad insular o el retrato de sus gentes se apoya en expresiones lingüísticas.

⁶En un ensayo de clasificación de las *Crónicas* de Rafael Romero, señalábamos la posibilidad de distinguir-las como “narrativas, líricas y dramáticas”, en cuanto al género, y como “perfiladoras de la realidad insular, reflexivas y literarias”, en cuanto a los temas y su significación. (*Alonso Quesada. Crónicas. Antología*, Excmo. Ayuntamiento de las Palmas de Gran Canaria, 1988, pp. 18-19).

Reflejar la esencia del alma insular desde una perspectiva distante pero involucrada y a través de rasgos de habla, fue intención preferente (aunque no única) de los textos isleños de Rafael Romero. Así lo manifestó directamente en el prólogo a la recopilación de textos que en 1919 publicó bajo el título de *Crónicas de la ciudad y de la noche*, al hilo de ironizar sobre la suerte futura del libro. El texto de esa manifestación va a constituir el primer ejemplo de este trabajo:

Nos queda el consuelo de saber que las damas (...) se quedarán encantadas con el libro. Ellas seguramente han de decir: ¡Jesús hija, igualito, igualito a como habla uno! Idéntico. Yo no sé cómo este hombre nos ha copiado tan bien, ese hombre que no va a ningún sitio, ni al Casino, ni al Club, ni a las verbenas, ni al Parque, ni a nada; ini a bailes! y que siempre parece que va enfadado. Fíate, niña, fíate. Dónde menos se piensa, salta la liebre...”

(Obsérvense: la entonación marcada con comas que son pausas; la imitación de extremos de

habla señaladas con recursos como la repetición o el diminutivo familiar y característico; la crítica a la mentalidad isleña, femenina en este caso, desde detalles de autorretrato; y la aportación costumbrista sobre las diversiones habituales).

El texto anterior se cierra con la respuesta consiguiente a las palabras y a la intención, en perspicaz estilo indirecto, igualmente enriquecido con remedos de habla que marcan las comas, y con detalles auto-referenciales:

Sí, señoras, la liebre salta donde menos se piensa. Ahora que esta vez salta desde donde se piensa regular (...) Y el autor, tratadito, no tiene tan mal humor como parece a primera vista; que por cierto la tiene muy mala.

HACIA UN RETRATO DEL HABLA

Aunque el conjunto de las *Crónicas* constituye un material de gran riqueza para estudiar (entresacando) voces, expresiones o usos del

habla coloquial canaria, destacan por su interés al respecto series determinadas de ellas. Así un grupo de ocho, escritas antes de 1916, que el autor agrupó bajo el marbete común de "Cómo se habla en Canarias"; a ellas podrían añadirse otras veinte posteriores en las que la conversación de circunstancias se erige como motivo central común. Se trata, en todos los casos, de diálogos rápidos que transcriben conversaciones banales e insulsas, en su mayoría femeninas. Conforman el conjunto de esa treintena de *Crónicas* un preciado documento sobre léxico, sobre el coloquio y sobre la mentalidad de los coloquiantes en la clase media de la ciudad pequeña; y contiene grandes dosis de teatralidad. Por su contenido, son arquetípicas y están trazadas desde una superioridad benevolente y disculpadora. Los temas de conversación giran en torno al noviazgo, el servicio doméstico, la "sofocación" de la mamá, los entretenimientos y las diversiones, la curiosidad tras el "¿Quién se murió?" o "¿Sabes quién se casó?", o las novelarías desde la ventana: "¿Quién es aquél que saluda?".

Un texto escogido al azar puede servirnos de punto de observación y análisis. (Observe-mos, en la realización formal del texto: diálogo rápido y cambiante, con frases cortas; expresividad léxica y licencias sintácticas propias del habla coloquial; abundancia de altibajos modulares marcados con admiraciones, interrogaciones y pausas. Y observemos el hecho de la presencia del autor en el texto: el guiño a la novelaría del medio, y el apunte filosófico del desencanto personal como marca de esencia)

Dos señoras en la Plazuela: “-No está mal este sitio / -No, señora. /No hay duda de que Ambrosio Hurtado es el mejor Alcalde que hemos tenido. Por lo menos ha hecho algo ique los otros!/ -¡Vaya! ¿Usted no ha visto el cementerio?... / -Debían poner un tanque como aquí, con cisnes. Son muy bonitos los cisnes ¿Dicen que van a traer dos cisnes negros?/ -Nada, señora. Cosas de los periódicos que siempre están inventando./

Buenas noches. ¿Cómo está su mamá? (es un saludo a un joven que pasa) Dele recuerdos. (Pausa)-¿Y que me dice usted de los alemanes?/ Nada; que Fulanilla, mi chica, está arreglada con uno./ Eso oí decir/ - Estoy disgustada con esas relaciones./ - ¿Por qué, señora?/ -Supóngase usted que se casen. Se irán a vivir a Berlín o a Hamburgo, lo menos./ -Mejor. Se va usted con ellos./ ¡Yo, a aquel país con aquellas casas tan grandes y aquellos tranvías!... Yo no señora./ -Pues no deja de ser una bobería. (Pausa) Pues mire, señora, no sea usted boba y no se oponga, que si no se casa con el alemán no se casa con nadie. Aquí los matrimonios están verdes. Los jóvenes son unos pelmas, y el que más, gana quince duros y con quince duros no se mantiene una casa de familia./ Eso es lo que más me hace dudar. Yo pienso que aquí nunca saldrá del “beabá”, mientras que con el alemán.../ Pues está claro ¡Qué se casen, señora! (...)
(Pausa) /No me gusta esa vida a mí./ Ni a mí tampoco. Yo prefiero mi tierra, aunque nos muramos de tristeza, como dice Gil

*Arribato*⁷. ¡Y yo que no conozco a ese muchacho!/-¿Jesús, señora, lo más que usted ha visto!/-Ah, espere. Debe ser uno alto que andaba mucho con Federico Cuyás./ El mismo./ Valiente par de fichas están los dos./ ¿Usted no llegó a leer un artículo que publicó en *La Ciudad*, hablando de los paseos de la Alameda? Estaba igual. Porque aquello mismito es lo que se dice./ Milagro que no ha dicho nada de la escuadra./ Estaría con la modorra./ ¿Padece de modorra? / ¡Uf! Una barbaridad. ¡Qué cosa más rara! Pues parece alegre. ¿A qué será debido eso?/ ¡Vaya usted a saber! (Otra pausa. Este es el país de las pausas. Aquí vivimos en una pausa eterna)”.

Hasta aquí el texto. ¿Podría darse un diálogo similar hoy? Nos dudaríamos en responder afirmativamente, si actualizamos algunos extremos.

⁷ Observemos el guiño de complicidad: *Gil Arribato* es el seudónimo del propio escritor; demuestra —al paso— el interés de las señoras por la prensa local por las crónicas que allí se escriben y por quienes las escriben.

UN MODISMO COMO PRETEXTO

Una veintena de *Crónicas* alonsianas posteriores a 1916 coinciden en destacar una expresión lingüística como pretexto argumental. Generalmente, el modismo queda consignado en el título y las *Crónicas* que le siguen constituyen reflexiones lingüísticas desde la observación. Veamos ejemplos entresacando párrafos:

¿YA VINO? (es el título)

-Hola Fabelo, ¿ya vino?

-Ya vine.

A Fabelo no le extraña que a él, habiendo venido, le pregunto un amigo que le ve con sus propios ojos: ¿Ya vino? (...) porque él hace también la preguntita a Robaina, cuando Robaina es el que llega de Madrid, de la Habana o de Londres.

NIÑA, NO ME RELAJES (es el título).

¿Por qué está relajada esta mocita? El relajajo es una expresión genuinamente isleña. Está relajada una cosa cuando tienen mucho almirante y la persona que le gusta se harta de ella.

Pero la expresión tiene aún más amplitud; cuando nos abrumba algo, nos relaja (...) Una mocita llega de casa de una amiga y le cuenta a su madre: - Mira mamá; estaban las de Pérez; una de ellas tenía una blusa crema, y luego estaba diciendo qué sé yo qué y qué sé yo cuanto... Estaba tan relamida... La mamá responde entonces: -Niña ino me relajés! Y hace un gesto como si tuviera náuseas.

Un ejemplo más insidioso es el que sigue. En él las notas de ambiente sirven de enmarque oportuno de la expresión:

¡YO QUE SE LO DIGO A USTED...!
(título)

El isleño es el hombre más seguro del mundo. Cuando un isleño sabe una cosa, la sabe de verdad, con convicción, con certeza. Así dice el isleño: ¡Yo que se lo digo a usted...! El isleño que nos lo dice todo es un hombre terrible. Ocurre un suceso misterioso. Nadie sabe nada. Pero de repente surge el isleño y nos lo dice. Este isleño es por lo general soltero, se pasa la vida en la puerta

del Casino, o sentado en la Plazuela. Nosotros vamos una noche, distraídos, por esa plazuela y oímos súbitamente una voz que surge de las sombras diciendo: ¡Yo que se lo digo a usted! (...) E inmediatamente se hace un silencio prolongado. El hombre terrible está seguro. Su mirada lo dice, su gesto lo dice, su seriedad lo dice, sus palabras también lo dicen: ¡Yo que se lo digo a usted!

POR EL HABLA A LA TIPOLOGÍA

Son ejemplos, los que acabamos de ver, paralelos a otros muchos en que una expresión lingüística es vehículo eficaz para definir, además, una tipología. Es el caso del “esta noche me voy a acostar temprano”, que el “indígena de la isla” —explica el texto— dice con aire de grande hombre, como frase trascendental y profunda, lo mismo que si hubiera dicho “fragilidad tienes nombre de mujer” o “La música es el menos molesto de los ruidos...”. O es el caso de aquel tipo que se encuentra siempre dispuesto a decir “cuatro frescas” al vecino; es el

hombre mal educado ordinario y plebeyo, que lleva un traje bien cortado y una camisa almidonada, y que siempre está diciendo: “Por supuesto, desde que me tropiece a Fulanillo le suelto cuatro frescas.” El isleño de las cuatro frescas es, después de don Agustín, el hombre más importante de la ciudad. El hombre de las cuatro frescas es una alegoría de la ínsula. No respetará jamás a persona alguna. Y si, por un prodigioso milagro, pudiera examinar despacio la masa gris de su propio caletre, no cabría duda de que le diría también cuatro frescas al Supremo Hacedor.

Sin duda, los ejemplos de hechos de habla que reflejan a través de la expresión particular una tipología, aparecen más lejanos al canario hablado de hoy; porque mucho ha cambiado esta sociedad y mucho ha crecido aquella burguesía mediana que puebla las crónicas de Quesada. Pero no dudo en afirmar, sin embargo, que nos resultan aún familiares y reconocibles; sin duda también entrañables, desde la nostalgia, a los mayores de entre nosotros.

EXPRESIONES CON SABOR

No duda Rafael Romero en dejar colar en el texto reflexiones lingüísticas oportunas: como la que se adjunta sobre el uso del diminutivo y su función en el habla insular a propósito de “una facturilla” inoportuna, nada menos que de doscientas pesetas de la época, que sirve de apunte lírico:

Facturilla, ha dicho. Aquí llaman a todas las cosas así. Un comerciante paga una letra y cuando la va a pagar dice: “Deme usted esa letrilla”. Un enfermo de divieso se dirige a la botica y exclama: ¿Tiene usted ahí una onturilla para este diviesillo que me está saliendo? (...) Un tenorio se despide de nosotros para ver a su amiguilla y un padre compra a su hijo un juguétillito. Al referirnos a un amigo canceroso solemos exclamar: “Está jeringadillo” ¡Oh el dulce, el plácido y donoso diminutivo.

¿Por qué llamará la gente a las cosas tan placidamente?

Anoche oímos a un amigo maldecir a otro amigo y su familia. Esta familia y este amigo habían hecho al nuestro una cosa terrible. Y el amigo los llamaba gentucilla. “Esos son todos una gentucilla”.

Nosotros sentimos un respeto enorme por las facturas de las tiendas (...) Jamás podríamos llamar facturilla a esa especie de dragón maldito que tiene un Debe enorme, como unas fauces sangrientas, en un rincón del papelillo.

Son comunes en los textos que analizamos expresiones familiares aún en el habla coloquial de hoy que son, a la vez, forma y marca de esencia. Así, “se ha vuelto a arreglar”:

“Niñas ¿no saben ustedes la noticia? Mariquita del Carmen que se ha vuelto a arreglar con Oropesa.- Niña, no me lo digas.” Y exclama la madre de la muchacha: ¡Por cierto que me relajan estos arreglos!”.

Igualmente el simpático “Déjense ver!” de las despedidas:

“Bueno, niñas, nos vamos. —Bueno, adiós. —Gracias, niñas. Y que lo de los muchachos prospere. Y ya, en mitad de la escalera: ¡Déjense ver!”

Y las expresiones comunes y reconocibles: “¡Por cuánto!”; “¡mejor te diera vergüenza!”; “¡que me jeringa que se la eche!”; “¿dónde te has metido que no se te ve por ninguna parte?”; “¡hasta la coronilla me traes!”; “¡Sale!” (admirativo); “¡Por cuanto!”; “¡Mas nunca, hija, más nunca!”; “¡Cómo se conoce que Pepito no está!”; “¡Pues no le digo!”; “¡a poder que yo pueda, ese no se casa con Pinito!”; “¡fuerte bobería!”; “¡Dichosos los ojos!”; etc., etc.

También son frecuentes en las *Crónicas* alon-
sianas registros léxicos aún vigentes: el *velingo*
verbal de la muchacha; la *cachucha* abandonada;
los *motes* de las tómbolas; el *enrrroñe* de Panchito;
la *tarosada* de la noche; las *tonturas* de la señora;
la niña *desbarajustada*; la muchacha que se *amula*;
la incomodidad que *tiene arriba* Mujica; los *requi-*
lorios de las criadas; el *confiscado* corsé de la seño-

ra, que es una *consumición*; el *chirgo* que le da a Robaina embarcarse, el *entullo* de Galindo; los *güiros* que descubre el novelero del casino; el *arrebuchó* de don Anselmo; las *trancas* que coge don Luis (y las puertas bien *trancadas*); el caballero que llega a su casa *reventado*; el fuego *requintado*; la *lata* del gofio; los *jocicones* de las niñas; las señoras *alegadas*; la que está *pinchada* porque no la han convidado; la Misa cantada que *se gozó* doña Pino; el *gustito* que se siente después del *levantante*; lo *zafadas* y *escaldadas* que son las muchachas; las *fatigas* que siente la señora al ver a sus amigas de pie, etc.

PARA CONCLUIR

Werner Beinhauer, el maestro del “español coloquial”, señaló la trascendental importancia del lenguaje coloquial porque afirma que

la lengua —incluso la de los poetas, literatos y eruditos (...)—, arraiga profundamente en el subsuelo del lenguaje familiar y popular, del que se nutre a diario. Por tanto,

sólo será capaz de sentir, captar y apreciar las últimas intenciones y exquisiteces incluso de un lenguaje artístico, quien conozca también la materia prima de que éste está amasado, o sea, la lengua del pueblo, del ambiente en que vive el artista, la que este mismo habla a diario. Es más: no me recato en afirmar que quien no está debidamente familiarizado con el lenguaje coloquial, tampoco puede dominar realmente la lengua escrita. (...) Y es que el arte —insisto en el vocablo— de manejar bien una lengua (...) rebasa con mucho los límites de lo realmente captable y registrable por la inteligencia y la memoria. Este arte, cimentado sobre esa base del saber intelectual, necesita [para ser artístico] algo superior a todo entendimiento: tiene que ser sentido (...). Si las reglas gramaticales de una lengua han de ser *comprendidas*, sus particularidades estilísticas e idiomáticas, a más de ser comprendidas tienen que ser *intuidas* y *sentidas*⁸.

⁸Werner Beinhauer *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 10-11.

La necesaria identificación que apunta Beinhauer entre realización coloquial escrita y dominio profundo del resto de los registros lingüísticos, del total de la lengua, por el autor que lo transcribe, se cumple espléndidamente en el caso de Rafael Romero, cuyo coloquio escrito consigue dibujar un fresco espontáneo con sonido y con gesto, en cuyo centro destaca un habla atractiva, preñada de guiños que son significaciones. Un coloquio modélico de una clase media, de un estrato determinado y de un tiempo determinado. Un coloquio fiel, con rasgos de individualidad sin desdibujar los perfiles de lo colectivo. Auténtico; sin concesiones a la galería erudita pero tampoco a la chabacanería y al vulgarismo gratuito y fácil, una opción que abunda, por desgracia, en algunos reproductores del habla canaria cuyas lentes se aplican sólo a los aspectos vulgares o popularistas, como si éstos fueran los únicos que existen o los más legítimos. Un coloquio en fin, el que Rafael Romero supo plasmar en la literatura, especialmente útil para la observación y el análisis del habla canaria más auténtica.

Dejó escrito Rodríguez Doreste en un viejo texto que “el Romero de las crónicas periodísticas (...) no le va en zaga al Alonso poeta en riqueza de inspiración, en hondura de observación y análisis y en belleza verbal y de estilo”⁹. Y el alicantino Gabriel Miró puntualizó que se hallan las *Crónicas* de Alonso “en el punto y en el límite en el que principia el verdadero Alonso Quesada”¹⁰.

En efecto, la capacidad artística de Romero para percibir la esencia del habla de su tiempo, viva, cercana y espontánea, y el dominio que posee de la lengua española que le sirve de base, le han permitido envolver sus textos isle-

⁹ En “Introducción” a *Crónicas de Alonso Quesada*. Antología, Excmo. Ayuntamiento de Las Plamas de Gran Canaria, 1988, p. 7.

¹⁰ Carta de 10 de febrero de 1920, Publicada en *Gabriel Miró. Cartas a Alonso Quesada* (Ed. de Lázaro Santana), Las Palmas de Gran Canaria, 1988, p. 7.

YOLANDA ARENCIBIA

ños en arte; en lo que no dudamos en llamar *el arte del coloquio*.

Nada tiene que envidiar Rafael Romero a *Alonso Quesada*.